

## **Morito de ojos verdes**

*Vivir es ver volver*

AZORÍN

Conozco la podredumbre de la escalera mortal de Garcilaso, el prurito ordenador de Zenódoto, los vaivenes macabros del cadáver de Alejandro en Egipto, la anatomía de las veintitrés puñaladas de César y los menestrales de su traición, el exilio letal, oprobio de todos, de Antonio Machado, los recovecos rezumantes de procacidad de los idilios epistolares de Galdós y Bazán, la ironía extrema de Molière, el légamo de desgracias de Leopardi, la insoportable hedentina a hombre bueno de Delibes, el muladar de ilusiones de Cervantes, la cáfila bastarda de Byron y Lope y su aroma de soberbia insondable, la injusticia cósmica de Marlowe, las ruletas y los naipes de ruina de Dostoievski, el peso exacto del primer extracto de la obra memorial de Márquez y también los relinches de potro viejo de Cela, los achaques de soledad de Hesse, el estrabismo bovino de Sartre y la paciencia infinita de mujer elegante de Beauvoir, qué coño, conozco hasta las intimidades más escatológicas de todos los reyes de España, pero jamás estudié en ningún libro del instituto ni de la universidad cuáles han de ser las prioridades del recuerdo ahora que mi padre yace desde hace dos años en el bodegón de gusanos impíos de su cementerio infinito porque sus pulmones grises del tabaco de sus mil albañilerías precarias tuvieron el mal gusto de criar cánceres como crían los hombres de los Cameros a las reses y de esparcirlos por su beata entraña con la fertilidad de los jabalíes del norte que no dudan en traer al mundo a diez, doce, quince jabatos malnutridos que con el tiempo tendrán que buscarse el pan y las pipas y las castañas y los trozos del queso de la salud en calles como en la que yo encontré a nuestro morito de ojos verdes cuando me avisó de que señor, se acaban de llevar al pobre fifiriche de su padre en la ambulancia, y olvidé todo menos el equilibrio para agarrar la bicicleta y regatear hasta el hospital los carros que no comprendían, la madre del cordero, que no comprendían que mi padre se me estaba muriendo en la asepsia de tantos sollozos de soledad y no llevaba consigo ni siquiera el monedero de cuero que le regalamos en su último cumpleaños cuando aún pensábamos que le habíamos de regalar todavía cincuenta más con tal de lograrle esa sonrisa de hombre bueno y santo e inocente y noble y digno, sí, digno, porque yo les aseguro que uno muere como vive y ese hombre mío murió

con más dignidad que todas aquellas personalidades estelares de la Historia que enumeré y estudié hasta salirseme por los poros del pecho sus fechas y sus malos amores, pero que no fueron capaces de alcanzar siquiera los ecos vagos del cariño con los que mi padre nos asperjó los próximos años de orfandad a través de esos labios orquestales del amor familiar con los que nos asaeteó a besos mudos desde su almohada de paciente terminal en sus últimos minutos de lucidez antes de caérsele los párpados para siempre y no poder degustar un pobre carajo de los pocos instantes de felicidad que se me habrían de conceder desde su deceso pálido y gélido ni tampoco verme perder la cuenta de los días que llevo buscándole en los perfumes de las calles, adoptando los andares de su cojera, fantaseando con mi locura y con su resurrección, oliéndole esas últimas palabras suyas, inminentes al letargo, de no me hagas llorar, que yo también te quiero, pero no me hagas llorar ahora, joder, y es que cómo no iba a llorar los lagos de Asturias mi pobre padre si apenas sospechaba que le había de erigir tantos altares en la ciudad como lugares en los que se sentó cuando necesitaba descansar de la angustia de su enfermedad, si ignoraba que había de llevarles tantos peregrinos como personas a las que reveló el calipso de su generosidad y repartió el maracuyá de su conversación ligera, o que yo había de imitar su resuello agónico en la última hora de su vida desagradecida porque me negaba a creer que aquellos fuesen los últimos suspiros que precederían al nacimiento de una infranqueable religión de cotidianidades en la que todos los huérfanos del mundo comulgamos una vez al día cuando nos encontramos con el reflejo inasible de nuestros muertos por las aceras o con los profetas seculares de nuestras desgracias, como aquel morito de ojos verdes con quien mi padre compartía su propio cadalso de cigarrillos y le compraba los cafés y las pastas recién horneadas para que acallase su bramido de estómago pobre, aquel morito gallardo que faenó con él y gracias a él y todo por él en la construcción de varias iglesias en los pueblos de la sierra que nunca se habían de enterar de su fallecimiento, como tampoco lo habían de hacer los párrocos que tanto le agradecieron a él y a su comitiva de hombres trabajadores haber edificado las casas del Señor, pero claro que quién iba a decir entonces que el Señor iba a llevarse a su albañil más leal tan pronto y le iba a arrebatarse la única razón por la que un padre se convierte en padre, que es precisamente ver después convertirse al propio hijo en padre y así, en este ciclo de sucesiones de la sangre,

sentir que se ha cultivado la tierra con las semillas más íntimas y que no se ha venido al mundo a vivir en los vergeles de los demás, como él siempre me decía en esta habitación en la que ahora mismo con los ojos secos como la Almería de las vacaciones de mi niñez lejana recuerdo el turbión de dolores inabarcables que se ciñó sobre nosotros cuando teníamos que airear las gavetas y los armarios y nos dimos cuenta de que nadie nos había enseñado a elegir qué bufandas, cinturones, parcas, calzones, pantalones y camisas se han de dar a la Beneficencia para las pobres gentes y cuáles, en cambio, se debe quedar un huérfano para vivir en un equilibrio no destructivo entre el recuerdo del muerto de las entrañas mías y el progreso de la vida incierta, cuántas bolsas de plástico negro, de alquitrán se deben llenar con las hilachas del pasado de alguien que ya no estará más, con qué cordones de qué zapatos suyos armar nuestras pulseras, y es que fue de hecho durante aquella tarde borrascosa cuando logramos palpar el fondo definitivo de la fatiga del cuerpo macilento de mi padre solamente por la gran cantidad de monos de trabajo y camisas descoloridos que guardaba en el armario y que lucían a la altura del corazón un broche imperceptible con los iconos prepotentes de las empresas constructoras para que ningún obrero saliese a la calle sin desvelar el lugar de su perdición ni el dueño de su tiempo, y yo dije que mi padre ya pasó mucho más de media vida vistiendo ropas de empresas quebradas como para rematarlo en la tumba con el gesto poco hábil de repartirnos la condena de la precariedad que siempre nos quiso evitar, así que las fuimos a dar a la Beneficencia, porque de todo uno saca ya provecho, precisamente porque no lo encuentra en ninguna parte, pero las dimos sin saber que, en todo este naufragio del desconsuelo, mientras regresaba al cenicero de mi consumición me había de encontrar yo dos años después a mi morito de ojos verdes tras el carrito de su bebé lozano y ataviado con una camisa de colores neutrales que yo no podía creer cierta, pues llevaba a la altura del corazón el broche de mi devastación, el cual solo desde entonces había de dejar de pinzarme las vísceras porque qué carajo de coincidencia superlativa, padre, que hasta él pareció darse cuenta, pues palideció y únicamente lo calmé cuando le aseguré que aquella camisa solo podía ir a parar a otro hombre bueno, a lo que me respondió con exhaustivos agradecimientos de persona respetable, honrada, pues era absolutamente ajeno al enorme bien que me acaba de hacer.

*El Támano*